Un infierno llamado amor

Rosa María Artero

UN INFIERNO LLAMADO AMOR

Rosa María Artero

avant
editorial

Primera edición, noviembre de 2026
© Rosa María Artero Valero, 2026

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 9791388206603
THEMA: FPBD — FPB — FJ
DEPÓSITO LEGAL: M-28003-2026

Dedicatoria

A quienes alguna vez llamaron amor a aquello que les iba apagando por dentro.

A quienes entregaron sus mejores años, sus sueños, sus certezas y hasta su propia voz, esperando recibir a cambio el mismo amor que ofrecían. A quienes aprendieron a medir sus palabras para evitar una discusión, a esconder sus lágrimas para no incomodar y a pedir perdón incluso cuando eran ellos quienes necesitaban ser abrazados.

A quienes se aferraron a promesas pronunciadas entre besos y olvidadas al amanecer. A quienes permanecieron junto a alguien que sabía acariciar sus heridas y, al mismo tiempo, volver a abrirlas.

A quienes confundieron la costumbre con la felicidad, el miedo a la soledad con la necesidad de quedarse y el sacrificio con una prueba de amor.

A quienes un día dejaron de reconocerse. A quienes echaron de menos la risa que antes les salía sin esfuerzo, la tranquilidad de una noche sin discusiones y aquella persona que habían sido antes de empezar a vivir pendientes de los deseos de alguien más.

A quienes se fueron con las manos temblando. A quienes regresaron creyendo que esta vez sería diferente. A quienes necesitaron intentarlo muchas veces antes de cerrar una puerta para siempre.

Y a quienes todavía siguen allí, esperando encontrar una salida.

Este libro también es para vosotras.
Para quienes descubrieron que reconstruirse no consiste en olvidar lo vivido, sino en aprender a caminar con sus cicatrices sin permitir que vuelvan a decidir por ellos.

Para quienes, incluso después de haberlo perdido casi todo, consiguieron recuperar algo que creían irrecuperable: el derecho a pertenecerse de nuevo.
Y, de una forma especial, a todas aquellas mujeres que nunca pudieron encontrar el camino de regreso.

A las que les arrebataron la vida quienes un día les prometieron amor. A las que dejaron una silla vacía en la mesa, una cama sin deshacer, una voz que sus hijos, sus madres y sus seres queridos darían cualquier cosa por volver a escuchar.

A las que tenían sueños pendientes, lugares por conocer, abrazos por dar y toda una vida que todavía les pertenecía.

A las que no pudieron contar su historia.
Que sus nombres no se pierdan entre las cifras.
Que sus vidas sean recordadas por mucho más que la forma en que terminaron.
Porque ninguna mujer debería morir por querer amar, por dejar de amar o por decidir ser libre.

Agradecimientos

A mi padre, por formar parte de mis raíces y de mi historia personal. Porque, de una forma u otra, cada etapa vivida también construye la mirada con la que una aprende a entender la vida y a escribir sobre ella. A mi hermano, por formar parte de mi historia familiar y de ese recorrido vital, que, con sus luces y sus silencios, también deja huella en quienes somos.

A Cari, por su cariño, su cercanía y por haber estado presente en momentos importantes de este proceso. Hay personas que acompañan desde la sencillez, pero dejan una huella profunda.

A mi amiga Carmen, por escucharme, animarme y estar ahí con esa complicidad que solo tienen las amistades verdaderas. Por sus palabras, su apoyo y por creer en mí cuando este sueño aún estaba tomando forma.

A mi tía Mari, por su afecto, por su presencia y por formar parte de mi vida, con esa calidez familiar que también sostiene en los momentos importantes.

A Natalia, por aparecer en un momento decisivo y acompañarme desde la comprensión, la fuerza y la verdad. Por tenderme la mano en una etapa de transición, por sostenerme sin juzgarme y por recordarme que, incluso después del dolor, también existen la claridad, la ayuda y la reconstrucción.

A mi hija, por ser una de las razones más profundas de mi fuerza. Por recordarme, incluso sin saberlo, que siempre merece la pena seguir, crecer y luchar por aquello que una ama. Porque en su existencia encuentro una motivación silenciosa, una luz que me impulsa a no rendirme y a mirar hacia delante con más valentía.

Y, por último, a Eduardo, por enseñarme que el amor verdadero no duele, sino que acompaña, cuida y protege. Por llegar con calma donde antes hubo tormenta, por demostrarme que el cariño también puede ser refugio, respeto y paz.

A todos vosotros, gracias por formar parte, de una manera u otra, de este camino y de estas páginas.

Este libro nace de una historia intensa, pero también de un proceso de conciencia, aprendizaje y reconstrucción. Cada persona mencionada ocupa un lugar en ese recorrido, ya sea por su presencia, por su apoyo, por su huella o por aquello que me ayudó a comprender.
Gracias por estar en alguna parte de este viaje.

🦋 Nota de la autora

Este libro está inspirado en hechos reales. Por razones de privacidad, seguridad y confidencialidad, los nombres propios, lugares, fechas y determinadas circunstancias han sido modificados, combinados o recreados. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas fuera de los hechos relatados es pura coincidencia.

La autora declina toda responsabilidad por interpretaciones subjetivas de la obra y agradece la comprensión y respeto hacia las experiencias y el derecho a la intimidad de todas las personas mencionadas o representadas indirectamente en estas páginas.

❤ Prólogo

Dicen que hay heridas que nunca cierran del todo.
Que hay infiernos tan íntimos que se vuelven invisibles para el resto del mundo.
Yo viví uno de esos infiernos.
Lo abracé, lo justifiqué, lo soporté.
Dormí junto a él. Mantuve la calma entre sus gritos y sus silencios.
Durante algún tiempo creí que el amor tenía que doler. Que si dolía era porque me lo merecía.
Me acostumbré a explicarle a todo el mundo que no pasaba nada, que era solo un mal día, una mala racha.
Me convencí de que el problema era yo.
Este libro no es una novela.
No tiene héroes perfectos ni finales de película.
Esto es un grito que guardé demasiado tiempo.
Es una casa vacía llena de cámaras que vigilan.
Es un plato roto en la cocina, una palabra susurrada que hiere más que un puñetazo.
Es un útero apretado de miedo, un vientre golpeado en silencio para que nadie lo vea.
Es también la historia de una mujer —yo— que un día decidió saltar, aun sin saber si habría suelo debajo para sostenerla.
Quizá tú, que hoy sostienes estas páginas, también sabes lo que es vivir atrapada en un amor que mata.
Quizá todavía duermes al lado del monstruo.
Quizá ya te fuiste, pero sigues sintiéndolo respirar en tu nuca cuando apagas la luz.

Si es así, quiero que sepas que no estás sola.
Que este infierno mío también podría ser tuyo, y que contarlo es mi forma de romperle la voz a tanto silencio.
No escribo para que me miren como una víctima.
Escribo para no olvidar.
Para dejar constancia de que, aunque el miedo te arranque la piel, todavía hay dentro de ti un pedazo que late, que quiere vivir, que merece vivir.
Ojalá, cuando cierres la última página, sepas que no importa cuánto tiempo hayas estado en la oscuridad: siempre hay una rendija, una grieta por donde se cuela un hilo de luz.

Y que, a veces, saltar sin saber dónde vas a caer es la única forma de volver a nacer.

Marbella: volver a empezar

Caía la noche, mansa y callada, como si el universo conspirara para regalarme un instante de tregua. Era noviembre y el frío se deslizaba por las rendijas de casa, colándose en mi piel y en mis pensamientos. Me senté al filo de la cama, con la espalda encorvada bajo el peso de todo lo que aún no sabía cómo soltar.

Acababa de poner fin a lo que alguna vez llamé hogar. El padre de mi hija menor se convirtió, con el tiempo, en un extraño que dormía a mi lado. Y cuando el amor muere, insistir es tan solo un lento suicidio de la esperanza.

Tomar esa decisión no fue liberarme: fue arrojarme a un abismo más hondo, desnuda de certezas. La depresión se deslizaba en mí como una bruma densa, cerrándome la garganta, apagándome la voz. La ansiedad era mi despertador cruel: cada mañana me encontraba rota antes siquiera de abrir los ojos.

Aún no sabía hacia dónde ir. Me miraba en el espejo cada mañana, con dos niñas aferradas a mis manos y un nudo en la garganta que no entendía de horarios ni de cansancio. No tenía trabajo, apenas tenía fuerzas... pero sí tenía un hogar. Y, aunque rota, conservaba algo más valioso: la fe —pequeña, casi imperceptible— de que todavía podía salvarme.

Necesitaba volver a mí, escarbar entre los escombros y encontrar a esa mujer que un día soñó en grande, que reía sin miedo, que se creía capaz de todo. Para eso, debía rodearme de voces limpias, de amigos de verdad, de gente luminosa que no alimentara mis sombras, sino que las espantara.

La depresión y la ansiedad eran fantasmas pegados a mi piel, se colaban en mi almohada y me robaban el aire, pero yo quería darles batalla. Y volver a Marbella —a mi tierra, a mis raíces, a los abrazos que siempre esperaban— era mi forma de empezar a hacerlo.

Tenía claro que nada se reconstruye de la noche a la mañana. Pero sí debía aprender a quererme de nuevo, quería hacerlo desde un lugar que oliera a hogar, a infancia, a promesas nuevas. Quizá todavía no tenía rumbo, pero, por primera vez en mucho tiempo, sentía que estaba lista para abrir las ventanas, dejar entrar la brisa... y dejarme curar. Todavía con un torbellino de emociones retumbando en mi cabeza, me senté frente al padre de mi hija menor, Marta. Sabía que no sería fácil pedirle que me dejara llevármela conmigo. ¿Cómo explicarle que necesitaba escapar para no perderme del todo? ¿Cómo hacerle entender que huir era, en realidad, la única forma de volver a mí misma?

Le prometí que no rompería su vínculo con ella. Que cada vez que pudiera, la llevaría a verlo. Que nunca pondría barreras para que hablara con su padre. Que cada llamada sería un puente para acortar distancias. Lo miré a los ojos y le rogué que comprendiera: necesitaba romper ese bucle que me devoraba, aunque supiera que, egoístamente, también estaba alejando a Marta de él...

Fue duro para ambos. En su mirada vi la punzada de un hombre que, tal vez, aún guardaba la ilusión de que yo volvería algún día. Que todo era cuestión de tiempo. Y lo confieso: me aferré a esa ingenuidad suya como a un salvavidas para no sentir tanta culpa.

No tuve el valor de desmentírselo del todo. Lo aproveché para huir sin mirar atrás. Porque si algo tenía claro era que, si quería salvarme, debía alejarme de lo que me estaba hundiendo. Incluso si eso significaba romper algo que nunca volvería a ser igual. Después de que él aceptara, algo dentro de mí se soltó, pero no tardé en darme cuenta de que la calma no llegaría tan fácil. Los días previos a la mudanza fueron un verdadero caos: cajas a medio hacer, ropa esparcida por todas partes, papeles que aparecían justo cuando ya pensaba que todo estaba

listo. Entre tanto desorden, mis hijas corrían por la casa sin entender del todo lo que se avecinaba; a ratos reían, a ratos preguntaban si pronto volveríamos.

Cada noche, cuando por fin podía sentarme entre montones de bolsas y maletas, sentía un nudo en la garganta: estaba a punto de romper con todo lo conocido. Decir adiós no es solo cerrar una puerta, es arrancarse de raíz de lugares, costumbres, rutinas... y, sobre todo, a Marta de su padre.

Pero dentro de todo ese caos, algo brillaba: la esperanza de empezar de cero, de sanar. Sabía que Marbella no era una varita mágica, pero en mi mente era un refugio, un recordatorio de que aún podía reconstruirme si tenía el coraje de saltar al vacío. Así que, en medio de ese desorden de cajas, lágrimas y risas nerviosas, me repetía una y otra vez: «Aguanta un poco más... lo peor está pasando y lo mejor está por llegar».

Mi padre, mi amiga Carmen y mi tía Mari (hermana de mi padre) no dejaban de repetírmelo: marcharme así, de golpe, romper con todo, solo traería más caos a mi vida. Y en el fondo, lo sabía... Tenían razón. Pero admitirlo me dolía y, al mismo tiempo, me enfadaba. Me dolía porque parte de mí temía que acabara peor, sola, perdida entre mis fantasmas. Y me enfadaba porque odiaba sentirme débil, cuestionada, como si no supiera lo que estaba haciendo con mi propia vida. Pero, aun así, cada vez que cerraba los ojos, veía con claridad lo que quería: silencio para mis pensamientos, espacio para reconstruirme, un nuevo aire para mis hijas y para mí. Prefería enfrentar un caos nuevo antes que seguir atrapada en el viejo infierno de siempre.

Quizá era una locura, pero era *mi* locura. Y aunque les doliera, sabía que nadie podía vivirla por mí.

Con todo el caos desbordándose en cada habitación, entre cajas a medio hacer y ropa tirada por el suelo, tenía que decidir —casi a ciegas— qué dejar atrás y qué salvar para mi nuevo comienzo. Cada objeto parecía pesar más que su propio material: guardaba recuerdos,

heridas, momentos que me dolía soltar y otros que rogaba enterrar para siempre. Sabía que no podía con todo sola. Mi padre llegaría en un par de días para ayudarme a terminar la mudanza. Siempre estuvo ahí, firme como un roble, aunque pocas veces aprobó mis decisiones. Nunca me soltó la mano ni siquiera cuando sentía que lo decepcionaba una y otra vez. Y, en el fondo, eso me daba la fuerza que me faltaba. Saber que, aunque me equivocara, él estaría a mi lado para sostenerme mientras recogía los pedazos y empezaba de nuevo. Llegó el día de la mudanza. Los nervios me desbordaban como un río sin cauce: manos temblorosas, la respiración entrecortada, un nudo en el estómago que no cedía ni un segundo. Entre cajas apiladas en cada rincón y maletas abiertas como cofres de secretos, me sorprendí llorando sin siquiera darme cuenta. Eran lágrimas de miedo, de alivio y de una pena antigua que se negaba a soltarme.

Las niñas, en cambio, reían y correteaban entre las bolsas. Laura no cabía en sí de emoción: volver a la costa, a sus playas, a su colegio de siempre... a esos amigos que nunca soltaron su mano, aunque la distancia se interpusiera. Marta, tan pequeña, solo imitaba la alegría de su hermana, ajena todavía a la magnitud de lo que dejábamos atrás.

Y ahí estaba yo, con un pie en el pasado y otro en ese futuro incierto que me esperaba más allá de la autopista, con la certeza de que esta vez no había vuelta atrás. Cuando mi padre llegó desde Murcia para ayudarme a empacar lo poco que me quedaba, noté en sus ojos la misma sombra de siempre: la tristeza de verme caer otra vez. A veces pienso que mi vida no es más que una montaña rusa sin frenos, llena de emociones que casi nunca terminan bien. Ese día, mientras cargábamos cajas y silencios, no pude evitar preguntarme si, una vez más, estaba tomando la decisión equivocada, si volvía a tropezar con los mismos fantasmas. Por fin cargué todas las cajas y maletas en el coche de mi padre. Me detuve un momento y, por última vez, miré aquel piso que, con tanto esfuerzo, mi padre me ayudó a comprar.

Los recuerdos viejos se mezclaban con los nuevos, y sentí un nudo en la garganta difícil de tragar. Eché un último vistazo antes de cerrar esa puerta, como quien cierra un capítulo para intentar escribir otro, esperando que esta vez la historia sea diferente.

Durante todo el trayecto, mi padre apenas dijo una palabra. Yo sabía que estaba disgustado conmigo por esta decisión; podía verlo en su rostro, en la forma en que apretaba el volante como si así pudiera retenerme en el pasado. Rezaba en silencio para que, esta vez, todo saliera bien, para que por fin sentara cabeza. Su cara era una mezcla de preocupación y enfado, y yo solo podía mirar por la ventana y tragar mis ganas de decirle que tenía razón.

Detrás de nosotros, las niñas iban tranquilas. Marta, absorta en una película en el iPad; Laura, dormida como un lirón; ajenas a todo este caos que yo llevaba dentro. Un claxon desgarró el silencio y me hizo dar un salto en el asiento. Un coche se había colado en la intersección y, por un segundo eterno, pensé que íbamos a chocar. Vi a mi padre soltar un insulto entre dientes, con esa furia contenida que siempre guarda para todo lo que no puede controlar, incluida mi vida.

Aún estaba recuperando el aliento cuando lo sentí: ese olor a mar, húmedo y salado, que se metía por la ventanilla como un recuerdo. Cerré los ojos un instante y quise creer que, esta vez, todo sería diferente. Que no volvería a fallar. La alegría de volver a casa se mezclaba con un miedo terco que no sabía cómo callar. Faltaban apenas unos kilómetros, pero cada metro me pesaba en el pecho como una pregunta sin responder. En el asiento de atrás, Marta reía bajito con su película; Laura seguía dormida, ajena a los miedos de los grandes. Y yo, atrapada entre el mar que me llamaba y la mirada dura de mi padre, solo podía agarrar fuerte la hebilla del cinturón y prometerme, en silencio, que esta vez no huiría.

Abrí la puerta de casa y me recibió tal como la había dejado la última vez: las cortinas mal colgadas, viejas y tristes; los sofás, hundidos por el tiempo y el silencio de tantos días sin visita; la mesa del salón,

demasiado grande para tanto vacío. Un aroma familiar, aunque casi irreconocible, me envolvió de golpe y me apretó el pecho. Era como si la casa respirara conmigo, recordándome quién fui y preguntándome quién quiero ser ahora. Detrás de mí, las niñas irrumpieron en risas y gritos, corrieron escaleras arriba discutiendo cuál sería su cuarto, ajenas a la nostalgia que a mí me paralizaba en mitad del pasillo. Por un instante, deseé ser tan ligera como ellas. Y no tenerle miedo a volver. Mi padre me miró serio, con esos ojos cansados que siempre me han dicho más de lo que su boca se atreve a pronunciar. Me dijo, casi en un susurro que dolía más que un grito, que ya no tenía edad para soportar tantos problemas, que esperaba de corazón que esta vez fuera la definitiva.

—Quiero pasar lo que me queda tranquilo —me soltó, sin rodeos—. Sin sobresaltos, sin esa ansiedad de no saber si mañana vas a estar bien o no. Lo primero que tienes que hacer —me dijo, clavándome la mirada— es curarte. Sanar esa ansiedad, esa depresión que llevas cargando demasiado tiempo.

No supe qué contestar. Solo asentí, sintiendo la culpa treparme por dentro como una enredadera. Lo único que pude decir fue que estaría bien, y lo abracé con todas las fuerzas que me quedaban. Necesitaba ese abrazo verdadero, ese que solo un padre preocupado y destrozado puede dar cuando su hija está al borde del abismo. Me habló con calma:

—Vamos a subir todas tus cosas juntos, y poco a poco irás organizándote. Yo me iré en un par de días a Murcia, que también tengo asuntos pendientes allá. Solo te pido una cosa —me dijo, mirándome fijo—: empieza esta nueva etapa con buen pie.

Mi padre me hizo sentir bien, como si hubiera estado esperando este momento durante todo el viaje, guardándolo en silencio para cuando más lo necesitara. Los días posteriores al viaje, ya en diciembre de 2022 y a punto de que los colegios terminaran el primer trimestre,

trajeron un respiro de calma y alegría. Por suerte, las niñas pudieron regresar a los colegios donde ya habían estado y esa familiaridad hacía que la felicidad creciera con cada segundo, para ellas y para mí. Marta estaba emocionada, deseosa de llenar la casa con adornos navideños. Nos pareció una idea genial; necesitábamos ese toque de magia para este nuevo comienzo. ¿Y qué mejor manera que hacerlo con luces, guirnaldas y un pequeño árbol de Navidad que iluminara nuestras esperanzas?

La casa parecía una feria, con luces titilando y decoraciones por doquier. Cada rincón brillaba y se llenaba de vida, como si la alegría hubiera decidido instalarse definitivamente entre nosotros. El ambiente se volvió cálido, acogedor, y por un momento todo parecía posible. La noche cayó y el cansancio acompañaba a la más pequeña de la familia. Marta, con su cara dulce, su cabello rubio y sus ojos de un azul intenso, apenas podía mantenerlos abiertos. Aun así, no quería irse a dormir sin su mamá a su lado.

—Mamá, ¿te quedas conmigo hasta que me duerma? —pidió con un hilo de voz, abrazando a su muñeco Stitch.

Sonreí y me senté a su lado, acariciándole el cabello.

—Claro, mi amor. Estoy aquí, no tengas miedo.

Marta suspiró tranquila, dejando que los párpados la vencieran, mientras la arrullaba con suaves caricias. Laura, por el contrario, encendió su PlayStation para dedicarle un rato a su habilidad favorita: jugar Minecraft. Era un juego que se le daba bastante bien y que disfrutaba cada segundo.

—Hoy sí voy a terminar mi castillo —murmuró para sí misma, ajustándose los auriculares y tomando el control con decisión.

Carmen, la familia elegida

Pasaron los días y, aunque Carmen vivía apenas dos casas más abajo, parecía que el tiempo y la rutina se empeñaban en separarnos. Tenía tantas ganas de verla, de sentarnos juntas a compartir esas charlas que siempre me levantan el ánimo, esas que solo ella sabe dar.

Carmen es de esas amigas que te quieren de verdad: las que no temen decirte la verdad, aunque duela; las que te regañan para abrirte los ojos y se enfadan porque no quieren verte caer una vez más. Es una mujer llena de amor y generosidad, que entrega todo sin pedir nada a cambio. Para mí, sin duda, es la mejor amiga que he tenido.

—¡Por fin llegaste! —exclamó Carmen al abrirme la puerta. Su sonrisa iluminaba la habitación como un faro de calma.

—Te he echado de menos —le confesé, mientras sus brazos me envolvían en un abrazo que sabía a hogar—. Más de lo que puedo decir con palabras.

Carmen seguía siendo la misma de siempre, como si el tiempo hubiera decidido pasar de largo por ella, dejando intacta su luz. David, su marido, y ella, con su pequeño negocio en una de las calles principales de Marbella, construyeron juntos un refugio de sueños: una casa con piscina, un rincón donde la vida parecía fluir tranquila y generosa.

Los veía y sentía una envidia dulce, una envidia que nace del amor y la admiración profunda por esa pareja que, entre risas y silencios, se sostiene con un cariño auténtico. Les deseo siempre lo mejor, porque el amor que se tienen es un faro que ilumina incluso los días más nublados. Como siempre, en un gesto que ya era un pequeño ritual, ella preparó mi taza de café al instante. Le ponía ese toque único que tanto me gustaba: leche fría que acariciaba el borde de la taza y azúcar